



BREVE  
HISTORIA DE  
LOS QUE  
YA NO ESTÁN

Kevin Brockmeier

BESTSELLER

booket

**KEVIN BROCKMEIER**

**Breve historia de los que ya no están**

Traducción de Claudia Conde

Emecé

## Sinopsis

Tres científicos, dos hombres y una mujer, quedan aislados en la Antártida. Los hombres parten en busca de ayuda y Laura se queda esperando, pero pasa el tiempo y se da cuenta de que ellos no van a volver. Así que decide emprender su propio viaje, un periplo que la llevará a la ciudad de los muertos, un lugar en el que sólo sobreviven los que tienen a alguien en la Tierra que los recuerde.

Título Original: The brief history of the dead

Traductor: Conde, Claudia

Autor: Brockmeier, Kevin

©2006, Emecé

ISBN: 9788495908797

Generado con: QualityEbook v0.84

Breve historia de los que ya no están

Kevin Brockmeier

TÍTULO original: The Brief History of the Dead

© Kevin Brockmeier, 2005

© por la traducción, Claudia Conde, 2005

Emecé Editores, España, 2005

C Editorial Planeta, S. A, 2005 Diagonal, 662-664, 08034

Barcelona (España)

Primera edición: enero de 2006

Depósito Legal: M. 46.056-2005

ISBN 84-95908-79-4

A mi padre

Muchas sociedades africanas dividen a hombres y mujeres en tres categorías: los que aún viven en el mundo, los sasha y los zamani. Los fallecidos recientemente, cuya estancia en la tierra ha coincidido con la de quienes aún están aquí, son los sasha, los muertos vivos. No están muertos del todo, porque aún alientan en la memoria de los vivos, que pueden visualizarlos mentalmente, pintar su retrato o darles vida contando sus anécdotas. Cuando muere la última persona que ha conocido a un antepasado, éste abandona a los sasha y se une a los zamani, los muertos. Como antepasados genéricos, los zamani no caen en el olvido, sino que son venerados. Muchos [...] son recordados por su nombre. Pero no son muertos vivos. Hay una diferencia.

JAMES LOEWEN, Lies my teacher told me

Uno

La ciudad

CUANDO el ciego llegó a la ciudad, afirmó haber viajado a través de un desierto de arenas vivas. Primero había muerto, según dijo, y después —¡crac!— el desierto. Contaba la

historia a todo el que quisiera oírlo, meneando la cabeza al ritmo del sonido de sus pasos. Lluvias de grava roja caían de su barba. Decía que el desierto era baldío y solitario, y que le había silbado como una serpiente. Había andado durante días y días, hasta que las dunas se abrieron bajo sus pies, para levantarse a su alrededor y fustigarle la cara. Después, todo se aquietó y comenzó a palpitar como un corazón. El sonido era tan claro o más que cualquiera que hubiese oído. Sólo en ese momento, decía, con un millón de flechas de arena perforándole la piel, había comprendido de verdad que estaba muerto.

Jim Singer, que regentaba el puesto de bocadillos del distrito del monumento, decía que había experimentado una sensación de hormigueo en los dedos y después había dejado de respirar.

—Fue el corazón —insistía, aporreándose el pecho con firmeza—. Me sorprendió en la cama.

Había cerrado los ojos y, al volver a abrirlos, estaba en un tren, uno de esos que dan vueltas cargados de niños en los parques de atracciones. Las vías lo llevaban a través de un espeso bosque de árboles cobrizos, pero en realidad los árboles eran jirafas y sus largos cuellos se tendían como ramas hacia el cielo. Un viento se levantó y les arrancó las manchas del lomo, que cayeron flotando a su alrededor, arremolinadas y arrastradas por la estela del tren. Tardó mucho tiempo en comprender que el ruido palpitante que oía no era el traqueteo de las ruedas sobre las vías.

La chica a quien gustaba quedarse detrás del álamo del parque decía que su muerte había desembocado en un océano del color de las cerezas secas. Durante un tiempo, el agua había transportado su peso, decía, y ella se había quedado tumbada de espaldas, describiendo círculos sin sentido y cantando los estribillos de las canciones populares que recordaba. Pero entonces retumbó un trueno, las nubes se abrieron y a su alrededor empezaron a caer cojinetes de bolas por decenas de miles. Tragó tantos como pudo, decía mientras acariciaba el tronco agrietado del álamo. No sabía por qué. Se llenó como un saco de plomo y

se hundió lentamente a través de los estratos del océano. Bancos de peces la rozaban, y sus escamas azules y amarillas eran lo único brillante en el agua. A su alrededor oía ese sonido, el que todos oían, la pulsación regular de un corazón gigante.

Las historias que contaba la gente sobre la travesía eran tan variadas y elaboradas como sus diez mil millones de vidas, mucho más detalladas que las otras historias, las que contaban sobre sus muertes. Después de todo, no son tantas las maneras de morir: o se te lleva el corazón, o se te lleva la cabeza, o una de las enfermedades nuevas. Pero en la travesía no había nadie que hubiese seguido el mismo camino. Lev Paley dijo haber visto sus átomos desparramarse como canicas, rodar por el universo y agruparse de nuevo, salidos de la nada. Hanbing Li dijo haber despertado en el interior del cuerpo de un pulgón y haber vivido toda una vida en la pulpa de un solo melocotón. Graciela Cavazos decía solamente «Empecé a nevar»; decía esas tres palabras y sonreía tímidamente cuando alguien le pedía más detalles. No había dos historias iguales. Pero siempre estaba ahí el ruido palpitante, como de tambor.

Algunos afirmaban que nunca desaparecía, que bastaba concentrarse y no distraer el oído del sonido, para percibirlo débilmente detrás de todos los ruidos de la ciudad, de los frenazos y bocinazos, de las campanillas en La puerta de los restaurantes y los repiqueteos y palmoteos de diferentes tipos de calzado sobre las aceras. Se formaban grupos en los parques y las azoteas sólo para escucharlo, con la gente sentada en silencio, de espaldas unos a otros. Pam-pum. Pam-pum. Pam-pum. Era como tratar de mantener enfocada la imagen de un pájaro mientras levantaba el vuelo, se volvía un borrón y se esfumaba hasta no ser más que un punto en el cielo.

Luka Sims había encontrado una vieja multicopista durante su primera semana en la ciudad y había decidido utilizarla para publicar un periódico. Todas las mañanas se presentaba en la puerta del café de la calle del Río y repartía los boletines que había impreso. Uno de los números de la Hoja

de Noticias y Especulaciones de L Sims (ó la Hoja de Sims, como la llamaba la gente) abordaba el tema de aquel sonido. Menos del veinte por ciento de las personas entrevistadas por Luka afirmaban seguir oyéndolo después de la travesía, pero todos coincidían en que nada se parecía más (ni podía ser otra cosa) que el latido de un corazón. Así pues, la cuestión era de dónde venía. No podían ser sus propios corazones, porque sus corazones ya no palpitaban. El viejo Mahmoud Qassim creía que no era el sonido real de su corazón, sino el sonido recordado, que por haberlo oído sin prestarle atención durante tanto tiempo resonaba aún en sus oídos. La mujer que vendía pulseras junto al río pensaba que era el corazón palpitante del centro del mundo, aquel lugar deslumbrante y bullicioso que había atravesado en su camino a la ciudad. «En cuanto a ese periodista —finalizaba el artículo—, coincido con la mayoría. Siempre he sospechado que los latidos que oímos son el pulso de los que aún viven. Los vivos nos llevan en su interior como perlas. Sobrevivimos mientras ellos nos recuerdan.» La metáfora era imperfecta (Luka lo sabía), pues la perla dura mucho más que la ostra. Pero la regla número uno del periodismo es cumplir los plazos. Hacía tiempo que había renunciado a la búsqueda de la perfección.

Cada día había más habitantes en la ciudad, y la ciudad nunca dejaba de acogerlos. Podían ir andando por una calle que conocían desde hacía años y de pronto se topaban con otro edificio, con toda una manzana nueva. Carson McCaughreen, conductor de uno de los bruñidos taxis negros que recorrían las calles, se veía obligado a rehacer sus planos una vez por semana. Veinte, treinta, hasta cincuenta veces al día recogía a algún cliente que acababa de llegar a la ciudad y que le indicaba una dirección que él, Carson, jamás había oído mencionar. Llegaban de África, de Asia, de Europa y de América. Llegaban de bulliciosas metrópolis y de pequeñas islas en medio del océano. Eso era lo que hacían los vivos: se morían. Había un viejo músico ambulante que nada más llegar a la ciudad se había puesto a tocar en el distrito de ladrillos rojos, produciendo con su acordeón

una respiración pausada y triste. Había un joyero, un hombre joven, que había abierto un local en la esquina de la calle del Arce con la calle Christopher, donde vendía diamantes que engarzaba en colgantes de plata. Jessica Auffert tenía una joyería en la misma esquina desde hacía más de treinta años, pero no parecía molesta con el joven, e incluso le llevaba todas las mañanas una taza de café recién hecho, sin leche ni azúcar, y pasaba un rato chismorreando con él, mientras los dos bebían el café en la tienda. Lo que la sorprendía de él era su juventud, lo muy jóvenes que últimamente eran los muertos. Muchos no eran más que niños, que andaban todo el tiempo alborotando con sus patinetes o pasaban corriendo delante de su escaparate, de camino al parque. Uno de ellos, un chico con una marca de nacimiento en la mejilla, disfrutaba imaginando que los corceles de madera del tiovivo eran caballos de verdad, como los que cepillaba y alimentaba en su granja, antes de morir en el bombardeo. A otro le gustaba deslizarse una y otra vez por el tobogán y machacar la grava con los pies cuando caía, mientras pensaba en sus padres y en sus dos hermanos mayores, que todavía estaban vivos. Los había visto recuperarse de la misma enfermedad que se lo había llevado a él, socavando poco a poco el suelo bajo sus pies. No le gustaba hablar al respecto.

Eso había sido durante la guerra, aunque a cualquiera de ellos le habría resultado difícil recordar cuál.

De vez en cuando, uno de los muertos, alguno que acababa de completar la travesía, confundía la ciudad con el cielo. Era un malentendido que nunca duraba mucho tiempo. ¿Qué clase de cielo iba a tener estruendo de camiones de basura por la mañana, chicles pegados a las aceras y olor a pescado podrido cerca del río? ¿Qué clase de cielo, por otro lado, iba a tener panaderías, arbustos de cornejo y días azules de una perfección que hacía que se le erizaran a uno los pelillos de la nuca? No, la ciudad no era el cielo, pero tampoco el infierno, e indudablemente no estaba en el mundo. Era lógico pensar, por lo tanto, que tenía que ser otra cosa. Cada vez eran más los que se sumaban a la teo-

ría de que era una extensión de la vida, una especie de habitación exterior, donde se quedarían mientras persistiera su recuerdo en la memoria de los vivos. Cuando la última persona que los había conocido muriera, pasarían a lo que venía después, fuera lo que fuese. Después de todo, la mayoría de los ocupantes de la ciudad se marchaban al cabo de sesenta o setenta años, y aunque tal cosa no probaba la teoría, ciertamente servía para alimentarla. Circulaban historias de hombres y mujeres que habían permanecido mucho más tiempo en la ciudad, siglos enteros, pero siempre se cuenta ese tipo de historias, en todos los tiempos y lugares, y quién sabe si han de creerse o no.

Cada barrio tenía su lugar de encuentro, un sitio donde la gente podía reunirse para intercambiar noticias del mundo exterior. Estaban los pórticos en el distrito del monumento, la taberna conocida como La Única en el distrito de las naves y almacenes, y en el centro del distrito del invernadero, justo al lado del vivero, el salón de té ruso de Andrei Kalatozov. Kalatozov preparaba el té en un samovar de bronce y lo vertía en pequeñas tazas de porcelana, que servía sobre lustrosas bandejas de madera. Su esposa y su hija habían muerto pocas semanas antes que él, en un accidente con una mina que habían hallado sepultada en el huerto familiar. Él estaba mirando por la ventana de la cocina cuando sucedió. La pala de su mujer había tropezado con un mella-do trozo de metal, tan carcomido por la corrosión después de un siglo bajo tierra que él no imaginó lo que podía ser hasta que estalló. Dos semanas después, cuando se llevó la navaja a la garganta, lo hizo con la esperanza de reunirse con su familia en el cielo. Y tal como esperaba, ahí estaban su esposa y su hija, sonriendo y recogiendo los abrigos a la puerta del salón de té. Kalatozov las contempló mientras cortaba un limón en gajos y lo disponía en un platillo. Era el hombre más feliz del lugar, el más feliz de todos los lugares. Puede que la ciudad no fuera el cielo, pero para él era suficientemente celestial. De la mañana a la noche, escuchaba a sus clientes, que compartían las últimas noticias de la guerra. Estados Unidos y el Próximo Oriente habían rea-

nudado las hostilidades, lo mismo que China, España, Australia y los Países Bajos. Brasil estaba desarrollando otro virus mutãgeno, capaz de resistir las últimas antitoxinas. O quizá fuera Italia. O tal vez Indonesia. Eran tantos los rumores que costaba estar seguro de nada.

De vez en cuando, alguien que había muerto sólo uno o dos días antes, aparecía en uno de los lugares de encuentro (la taberna o el salón de té, el mercadillo del río o los pórticos) y entonces las legiones de muertos se apiñaban a su alrededor, dándole codazos y empujones para conseguir información. Siempre era lo mismo:

—¿Dónde vivía usted?

—¿Sabe algo de América Central?

—¿Es cierto lo que cuentan de los casquetes polares?

—Estoy buscando noticias de mi primo. Vivía en Arizona. Se llamaba Lewis Zeigler, se lo deletreo: L-E-W-I-S...

—¿Qué pasa con la situación en la costa africana? ¿Sabe algo, sabe algo?

—¿Puede decimos algo? Por favor, lo que sea.

Kiran Patel había pasado casi un siglo en el distrito hotelero de Bombay, vendiendo cuentas de collares para los turistas. Dijo que cada vez eran menos los viajeros que llegaban a su parte del mundo, pero que daba lo mismo, porque tampoco quedaba mucho para ver. Las cuentas de marfil que en su juventud vendía a los turistas primero habían escaseado, después habían dejado de verse y al final se habían vuelto imposibles de conseguir. Los únicos elefantes supervivientes estaban enjaulados en los zoológicos de otros países. En los años anteriores a su muerte, las «cuentas de marfil auténtico» que vendía eran en realidad bolas de plástico de color crema, producidas por decenas de miles en fábricas coreanas. Eso también daba lo mismo. Los turistas que se paraban delante de su tenderete habrían sido incapaces de notar la diferencia.

Jeffrey Fallón, de dieciséis años, natural de Park Falls, Wisconsin, dijo que los combates aún no se habían extendido más allá de las costas, pero que sí lo habían hecho los gérmenes, de lo cual él mismo era la prueba viviente.

—Bueno, quizá no «viviente» —se corrigió—, pero aun así, la prueba.

Al principio, el enemigo era Pakistán, pero después lo fueron Argentina y Turquía, y a partir de ahí se había perdido.

—¿Qué queréis que os diga? —preguntaba encogiéndose de hombros—. Más que nada, echo de menos a mi novia.

La chica se llamaba Tracey Tipton, y solía hacerle algo en los lóbulos de las orejas con el borde mellado de los dientes que le ponía todo el cuerpo tenso y lo hacía vibrar como la cuerda de una guitarra. Él nunca le había prestado atención a los lóbulos de sus orejas hasta que ella los cogió entre sus labios, pero ahora que estaba muerto, no pensaba en otra cosa. ¿Quién lo hubiese dicho?

El hombre que pasaba horas subiendo y bajando las escaleras mecánicas del centro comercial de la calle Ginza se negaba a dar su nombre. Cuando le preguntaban lo que recordaba de los instantes anteriores a su muerte, respondía solamente con un vigoroso gesto afirmativo, daba una palmada y decía «¡bum!», haciendo con las puntas de los dedos una mímica como de confeti cayendo.

Los grandes edificios de acero y polímero del centro de la ciudad, con sus relucientes ventanas de cristal que reflejaban cada hueco entre cada nube del cielo, daban paso al cabo de unos cientos de manzanas a construcciones de piedra, ladrillo y madera. Pero el cambio era tan gradual y las calles tan animadas que un transeúnte podía andar durante horas sin darse cuenta de que la arquitectura se había transformado a su alrededor. Las aceras estaban flanqueadas por una sucesión de salas de cine, gimnasios, ferreterías, bares de karaoke, pistas de baloncesto y puestos de falafel. Había bibliotecas y estancos. Había mercerías y tintorerías. Había cientos de iglesias en la ciudad; de hecho, había cientos en cada barrio: pagodas, mezquitas, parroquias y sinagogas. Se erguían encajonadas entre mercados de verduras y videoclubs, elevando en el aire sus cruces, bóvedas y alminares. Es cierto que algunos muertos renunciaban a su antigua religión, decepcionados al ver que la vida de ultratumba, el tan cacareado más allá, no era lo que

les habían prometido en toda una vida de devoción. Pero por cada persona que perdía la fe, había otra que la conservaba con firmeza y otra más que la adoptaba. En realidad, nadie sabía lo que iba a pasarle al término de su estancia en la ciudad y el hecho de que hubiese muerto sin encontrar a su Dios no era razón suficiente para suponer que no fuera a hacerlo algún día.

Ésa era la filosofía de José Tamayo, que se había ofrecido para cuidar una vez por semana de la iglesia del Sagrado Corazón. Todos los domingos esperaba junto a la fachada oeste a que terminara la última misa y los fieles se dispersaran por la ciudad, y entonces barría el suelo, lustraba los bancos y el altar, y pasaba la aspiradora por el borde almohadillado de la barandilla del altar. Cuando terminaba, bajaba con cuidado los diecisiete peldaños de la fachada delantera del edificio, donde estaba el ciego que hablaba del viaje por el desierto, y cruzaba la calle hasta su apartamento. Desde que se había lesionado una rodilla en un partido de fútbol, sentía como si una diminuta estrella de dolor le estallara en la articulación cada vez que estiraba la pierna. La lesión no se le había curado, ni siquiera después de efectuar la travesía, y prefería no caminar demasiado. Por eso había decidido trabajar en la iglesia del Sagrado Corazón: era la más cercana que había encontrado. En realidad había recibido una educación metodista en la única congregación de Juan Tula que no era católica. Con frecuencia pensaba en la vez que robó un pack de seis latas de refrescos de la despensa de la iglesia, con los otros niños de la catequesis. Al oír que llegaba la maestra, habían cerrado la puerta, y un fino rayo de luz se había colado por el quicio y había ido a iluminar el mango de una carretilla cargada de sillas plegables: cuarenta o cincuenta sillas, apiladas y entrelazadas en una alta y apretada pila. Lo que José recordaba era la visión de la carretilla, mientras escuchaba los pasos de la maestra y las burbujas del refresco le jugueteaban sobre la superficie de la lengua, antes de chispear y estallarle contra el velo del paladar.

A los muertos muchas veces les sorprendían esos recuerdos. Podían pasar semanas y meses sin pensar en las casas y los barrios donde habían crecido, ni en sus pináculos de vergüenza o de gloria, ni en los trabajos, rutinas y pasatiempos que lentamente les habían consumido la vida; pero el episodio más nimio e insustancial asaltaba sus pensamientos cientos de veces al día, como un pez que abofeteara con la cola la superficie de un lago. La vieja que pedía monedas en el metro recordaba haber comido hamburguesas de cangrejo con rábano picante en un muelle de la bahía de Chesapeake. El hombre que encendía las farolas de gas en el distrito de los teatros recordaba la vez que había sacado una lata de alubias de la mitad de una pila, en un supermercado, y el chispazo de orgullo, seguido de otro de irónica diversión por sentirse orgulloso, que había sentido al ver que la pirámide no se desmoronaba. Andreas Andreopoulos, que había escrito programas para juegos de ordenador durante la totalidad de los cuarenta años de su vida adulta, recordaba la vez que saltó para arrancar una hoja de un árbol, y cuando abrió una revista de moda para despegar los anuncios de perfume y olerlos, y una vez que escribió su nombre en la humedad condensada en un vaso de cerveza. Le preocupaban esos recuerdos informes, casi clandestinos. Parecían tener mucho más peso del debido, como si en ellos residiera la verdadera carga del significado de su vida. A veces pensaba en componer con ellos una autobiografía, con todos esos recuerdos como de juguete que habían reemplazado los pormenores de su trabajo y su familia, dejando fuera todo lo demás. La escribiría a mano, en un cuaderno sin rayas. Nunca volvería a tocar un ordenador.

Había sitios de la ciudad donde era tal el gentío que resultaba imposible moverse sin comprimir algún brazo, cadera o vientre. A medida que aumentaba el número de muertos, esas zonas se fueron volviendo cada vez más comunes. No era que la ciudad no tuviera espacio para sus habitantes, sino que cuando éstos decidían congregarse, lo hacían sólo en determinados sitios, y cuanto mayor era la población,

más congestionados se volvían esos sitios. Los que apreciaban su intimidad aprendieron a evitarlos. Si querían visitar la explanada del distrito del monumento o las fuentes del distrito de los rótulos de neón, iban a tener que esperar a que disminuyera la población, algo que siempre solía suceder en tiempos de guerra, peste o hambruna.

El parque junto al río era el más animado de todos los lugares animados de la ciudad, con su sucesión de pabellones blancos y su larga franja de césped. Vendedores de cometas y puestos de refrescos se alineaban en los paseos, y rompeolas rocosos cincelaban el agua en docenas de suaves calas. Un buen día, un hombre con una espesa barba gris y una mata de pelo enmarañado entró trastabillando en uno de los pabellones y empezó a toparse con los hombros de la gente de su alrededor. A todas luces estaba desorientado y era obvio para cualquiera que lo viera que acababa de efectuar la travesía. Dijo ser virólogo de profesión. Había pasado los cinco días anteriores encaramado a las ramas de un arce enorme y tenía la ropa manchada de savia hasta la piel. Parecía creer que todos los presentes en el parque habían estado en el árbol con él. Cuando alguien le preguntó cómo había muerto, inspiró e hizo una pausa de unos instantes, antes de contestar.

—Eso es, he muerto. Tengo que recordarlo. Finalmente lo lograron, los muy cabrones. Encontraron la manera de acabar con todo.

Se arrancó de la barba un trozo de savia solidificada.

—¡Eh! ¿Alguno de vosotros ha notado un ruido como de un latido en el interior del árbol?

No pasó mucho tiempo antes de que la ciudad empezara a vaciarse.

El único despacho de la redacción de la Hoja de Noticias y Especulaciones de L. Sims se encontraba en uno de los edificios más viejos de la ciudad, construido con ladrillos color chocolate y bloques de granito gris. Barbas de musgo amarillo pálido colgaban de los pisos superiores, hasta el alero de la puerta principal. Todas las mañanas, mientras Luka Si-